

# SILENCIO

DYLAN  
FARROW

SERIE HUSH

LA MAGIA ESTÁ  
EN LAS PALABRAS  
Y ELLOS QUIEREN  
CONTROLARLA

 Planeta

DYLAN FARROW

# SILENCIO

(Serie Hush 1)

Traducción de Graciela N. Romero

Título original: *Hush*

Hush © 2020 by Glasstown Entertainment, LLC and Malone Farrow  
Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

© por la traducción, Graciela N. Romero, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© del mapa, Rhys Davies

© de la ilustración del interior, macrovector / Freepik

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-08-24392-2

Depósito legal: B. 6.364-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

*Chas. Chas-chas-chas.* Abro los ojos de golpe y estoy en mi cama, con la espalda apoyada en la estructura sin acolchar. He tenido el mismo sueño de siempre, tan vívido como cuando sucedió hace cinco años.

Sobre mí se encuentra una figura oscura, chasqueando los dedos.

—¡Arriba!

—¡Shhh! —susurro—. Baja la voz. Vas a despertar a mamá. —Y ella necesita dormir más que yo.

Fiona resopla y se aleja de mi cama hasta el espacio iluminado por el albor grisáceo que se cuele por la ventana. Da mucho menos miedo cuando está bajo la luz. Es alta, esbelta y rubia, con los pómulos más afilados de todo Montane; es como los rayos de sol que se filtran entre las ramas de un árbol: preciosa en un sentido que ella no es capaz de ver. Mis padres tenían el cabello oscuro y eran bajitos y regordetes, por lo que mis posibilidades de ser alta y bella como Fiona eran nulas, pero no padecían de tener miles de pecas en la cara; al parecer esa desgracia es solo mía.

Mi amiga se encoge de hombros.

—La verdad, si duerme tan profundamente como tú, lo dudo.

Miro a mi madre. Acurrucada en la cama al otro lado de la habitación, tan delicada, con sus costillas subiendo y bajando con suavidad con cada respiración. Quizá Fiona está en lo cierto. Mi madre duerme como un lirón.

—¿Qué haces aquí? —Me aparto la colcha maltrecha de las piernas y me masajeo el hombro para deshacer un calambre.

—La luna está en cuarto creciente, ¿recuerdas?

El padre de Fiona vende lana de nuestras ovejas y nos paga con comida de su tienda. Son una de las pocas familias que se relacionan con la mía desde que la mancha nos alcanzó. Desde entonces, cada mes, en cuarto creciente, Fiona viene a mi casa para intercambiar los escasos bienes que permiten que nuestras familias sobrevivan.

—Pero ¿por qué tan temprano? —Reprimo un bostezo.

Me duelen los pies cuando tocan el suelo frío y las piernas me tiemblan por el cansancio. Anoche no pude dormir, pese a que había trabajado todo el día en el campo; los malos sueños revoloteaban por mi mente, llenos de susurros y sombras. Estuve horas despierta, cosiendo con los ojos entrecerrados bajo la pálida luz de la luna creciente que se colaba por la ventana, en un intento por distraerme.

Fiona me sigue al otro lado de la habitación, donde está mi ropa colgada. Una blusa blanca sencilla, la destañada falda verde con el dobladillo rasgado y sucio a la que le hice unos bordados con hilo de lana y un chaleco a juego forrado de suave pelo de conejo. No es nada elegante, todo lo contrario, a decir verdad, pero es el único atuendo que tengo. Prefiero ponerme pantalones para trabajar entre la pastura, pero tras años de ver cómo dejaban de valerme en cuanto terminaba de hacerles la bastilla, resultó más fácil llevar falda y recogérmela por encima de las rodillas con unas puntadas simples cuando hace calor o el terreno es poco amigable.

Fiona me da la espalda, haciendo un gesto burlón por mi pudor, mientras me quito el camisón de dormir. Cuando acabo de vestirme, salimos de la habitación y cierro la ruidosa puerta tratando de evitar el estruendo en la medida de lo posible.

—Papá quiere que esté de vuelta en la tienda antes de que abra —me dice Fiona, mirando cómo mis manos, callosas y heridas por haber estado zurciendo, colocan las madejas de lana en un cesto para ella—. Hoy llegan los bardos.

Los bardos. De pronto siento como si la casa se hubiera helado. Los ancianos del pueblo dicen que las palabras tienen poder, que ciertas frases pueden cambiar el mundo que te rodea. Lo mismo se dijo del color de la enfermedad. Se evitó el índigo como si tan solo verlo u oír su nombre pudiera ocasionar un rebrote del mal.

Ahora se le llama, y solo cuando es absolutamente necesario, «el color maldito».

Solo los bardos pueden usar las palabras sin peligro, a través de sus relatos. Todos en Montane saben que cualquier tonto puede materializar la desgracia con solo mencionar algo prohibido.

Algunos dicen que mi hermano fue uno de esos tontos.

Dicen que la mancha empezó con la palabra escrita. El caos que generó se fue convirtiendo en terror hacia todas las palabras, habladas o escritas. Cualquier mención descuidada podría bastar para que resurgiera la pandemia.

Mamá dejó de hablar por completo tras la muerte de Kieran.

Un miedo conocido me recorre las entrañas.

Los bardos vienen una o dos veces al año; avisan de su llegada apenas un par de días antes, a través de un mensaje que un cuervo le entrega al condestable del pueblo. Luego él convoca a todos los habitantes a prepararse para la llegada. Se recolecta el diezmo para la Gran Casa y, si quedan complacidos, tal vez representen un relato, con el que bendicen a la tierra y a su gente.

Pero pocas veces quedan complacidos. Las ofrendas en Aster son pobres: un montoncito de lana, unos cuantos fardos de trigo descolorido. El cuero y las astas de un ciervo, con suerte.

En toda mi vida no se ha visto un solo relato en Aster, pero el mayor de los ancianos, el abuelo Quinn, suele



contar uno de cuando era pequeño. Cuando los bardos se fueron, la granja de trigo de su familia dio una cosecha que duró seis semanas.

La última vez que vi a los bardos fue a lo lejos, el día que Kieran murió. Después, mamá me prohibió verlos; esas fueron las últimas palabras que me dedicó. De todos modos, no tengo tiempo para andar fisgoneando durante sus visitas. Como la tierra está completamente seca por el sol inclemente, suelo tener que llevar a nuestro rebaño a kilómetros de aquí para asegurarme de que coma. El mes pasado perdimos a una cordera de tres semanas por inanición.

Ahora entiendo por qué Fiona ha venido tan temprano. Si las pobres madejas de lana de nuestras ovejas hacen que el diezmo del pueblo parezca ni que sea un poco más valioso, quizá los bardos nos ayuden a poner fin a la sequía. El pueblo de Aster no ha visto una gota de lluvia en nueve meses.

—¿Estás bien? —me pregunta Fiona en voz baja.

Levanto la cabeza y la miro. Últimamente me atormentan cosas extrañas que no puedo explicar. Sueños que parecen más bien premoniciones terribles y sin sentido. Me despierto con el temor creciente de que algo en mi interior vaya mal.

—Sí, claro. —Las palabras salen de mi boca con dificultad.

Fiona entrecierra sus enormes ojos verdes en una expresión de incredulidad.



—Mentirosa —dice sin más.

Tomo aire mientras una idea tonta y desesperada comienza a formarse en mi cabeza. Miro de reojo hacia la puerta cerrada de la habitación, cojo el cesto de lana con una mano y la muñeca de Fiona con la otra y salgo de la casa con pasos decididos.

El sol apenas asoma en el cielo cuando salimos; el aire aún está frío y seco. Las montañas que nos rodean dibujan una línea oscura y serrada frente a nosotras y cubren el valle con un velo de sombras diáfanas mientras el rocío aparece en el césped marchito.

Llevo a Fiona a un lateral de la casa en silencio. Pese al frescor del aire, siento la piel caliente y erizada. La cabeza me da vueltas. Me da miedo que si me giro y Fiona ve mi rostro, aunque sea por un instante, sepa la verdad.

Es posible que esté en grave peligro. Y ella también, por el solo hecho de estar a mi lado.

Comenzó hace más o menos un año, justo después de mi decimosexto cumpleaños. Estaba bordando una de las pañoletas de mamá con pájaros negros que volaban por la tela, cuando levanté la mirada y vi precisamente una bandada que iba formando una flecha por el cielo. Poco después, estaba cosiendo una liebre con cola blanca en la funda de una almohada cuando uno de los sabuesos del vecino apareció con una liebre blanca ensangrentada entre los dientes.

Un cosquilleo tibio empezó a aparecer en mis de-

dos siempre que cosía. No era desagradable, tan solo extraño.

Pasé incontables noches despierta, mirando las austeras vigas de madera en el techo, intentando descifrar si estaba loca o si me había caído una maldición, o ambas. Algo tenía claro: las sombras de la enfermedad ya se habían cernido sobre nosotros antes. La mancha nos había tocado. No podíamos saber qué otra catástrofe podría sucedernos por eso. Y desde que descubrí que mis fantasías bordadas se reflejaban en el mundo a mi alrededor, el silencio de mamá se ha vuelto cada vez más ensordecedor. La casa se llena con el eco de todo lo que no se dice.

Pérdida. Agotamiento. Hambre brutal, día tras día.

El aire de la mañana me estremece y remueve el miedo helado que tengo instalado en las entrañas. Cuando llegamos junto al establo al fin suelto a Fiona, pero no puedo evitar lanzar otra mirada temerosa por encima del hombro. La casita de madera gris está en silencio en la neblina de la mañana, tal como la dejamos.

—¿Qué te ocurre, Shae? —Enarca una ceja con gesto de sospecha e intriga.

—Fiona —empiezo a decir, mordiéndome el labio con fuerza al darme cuenta de que no sé bien cómo formularlo—, necesito que me hagas un favor. —Es la primera cosa honesta que se me ocurre.

Sus ojos se suavizan.

—Claro, Shae. Lo que sea.

De inmediato me quiero tragar mis palabras. Intento imaginar qué sucedería si simplemente le explico lo que pasa. «Es posible que la mancha me haya maldecido y quiero saber si los bardos pueden curarme.»

En el mejor de los casos, me arriesgo a perder a mi amiga por miedo a que le haya pasado la maldición, además de que todo el pueblo lo sabrá en un santiamén. Sus padres cancelarán el trato con mamá, nadie comprará nuestra lana y mi familia se morirá de hambre.

Incluso decir algo así en voz alta está prohibido. Cualquier palabra que conjure malos pensamientos debe evitarse a toda costa. Se dice que esas palabras traen sus propias maldiciones, y que estas caen tanto en quien las pronuncia como en quien las escucha. Son las propias palabras las que materializan por sí solas los eventos.

En el peor de los casos, le paso la maldición a mi mejor amiga en el mundo.

No puedo arriesgarme a eso.

Al mirar el dulce e impaciente rostro de Fiona, sé que no puedo. No me puedo permitir perderla a ella también.

—¿Puedo llevarle yo la lana a tu padre? —es lo que pregunto—. Necesitaré que conduzcas al rebaño a la pastura del norte mientras no estoy. Esta mañana las ovejas están bastante tranquilas y puedo darte todas las instrucciones. Ya me has visto hacerlo muchas veces.

Fiona frunce el ceño.

—¿Eso es todo? Sí, claro. Pero ¿por qué?

El corazón me late a toda velocidad. Respiro hondo y me apoyo en la áspera pared del establo para no perder el equilibrio y aclarar las ideas que me dan vueltas en la cabeza, frustrada por lo mal que se me dan este tipo de cosas.

—Ah, ya sé qué está pasando. —Una sonrisa ladina se asoma por la comisura de los labios de Fiona y mi corazón de pronto se para y se me cae a los pies—. Vas a ver a Mads, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamo con un suspiro de alivio—. Exacto. —Nadie se preguntaría por qué voy al pueblo a ver a Mads sin previo aviso, y si alguien lo hiciera, sus sospechas estarían muy lejos de lo que a mí me preocupa.

—Shae, no tienes de qué avergonzarte. —Fiona se ríe—. Lo entiendo totalmente.

Me obligo a soltar una risita que espero que sea convincente, aunque más bien parece una exhalación que se me ha quedado atascada en la garganta.

—Gracias. Te debo una.

—Ya se me ocurrirá algo, estoy segura. —Se acerca y me abraza.

Siento el impulso de alejarme, como si al tocarme pudiera contagiarse. Pero dejo que su fresco aroma a moras, eneldo y agua de río me llene, y en este momento me siento afortunada en vez de maldita.

Fiona y yo siempre hemos sido una pareja poco convencional en cuanto a amigas se refiere. Yo soy bajita y

ella alta. Yo soy morena y ella muy blanca. Yo soy de hombros anchos y tosca; ella es esbelta y dulce. Ella tiene pretendientes y yo tengo ovejas. Bueno, ovejas y a Mads. Pero es casi lo mismo. Fiona es leal y considerada, y aguanta todos mis cambios de humor. Es la clase de persona que me ayudaría con gusto y sin esperar nada a cambio. Se merece algo mucho mejor que mis secretos.

—Te adora, ¿no crees? —pregunta Fiona, soltándome. La media sonrisa se convierte en una sonrisa de oreja a oreja—. Nunca pensé que te casarías antes que yo.

Suelto una carcajada real.

—¡No nos adelantemos tanto a los acontecimientos! Si Fiona tiene un defecto, es su amor por el cotilleo. Y los chicos tienden a ser su tema favorito. Aunque si a mí me prestaran tanta atención como a ella, quizá también sería el mío. Mads parece ser la única excepción en todo el pueblo de Aster.

Me besó una vez, el año pasado, tras un decepcionante festival de la cosecha. Al día siguiente, el condestable anunció que la sequía había regresado, así que Mads y su padre se fueron a un viaje de cacería de tres semanas. Nunca hablamos sobre el beso. Ni siquiera ahora estoy segura de qué es lo que siento al respecto. Quizá el primer beso carece de gracia para todas las personas pero mienten para que los demás se sientan mejor.

Aunque Mads es la menor de mis preocupaciones. Solo espero que esta farsa dure lo suficiente para llegar

al pueblo y volver sin que Fiona ni mi madre descubran la verdadera razón, y sin que ningún vecino entrometido se entere. En Aster, cualquiera podría estar vigilando. De hecho, todo el mundo suele estar haciéndolo.

—Prométeme que me lo vas a contar todo cuando vuelvas —me pide Fiona, hundiendo aún más el cuchillo en mi corazón.

—Lo prometo. —Esquivo su mirada—. Ven, déjame enseñarte qué debes hacer con el rebaño cuando yo no esté.

Fiona me sigue obediente mientras doy la vuelta al maltrecho establo hacia la entrada. Al igual que en la casa, la madera de las paredes se ha puesto gris con los años, así como el viejo tejado de paja. Es impresionante que siga en pie, aunque sea a duras penas, por no hablar del hecho de que evite que los depredadores y los ladrones se cuelen dentro.

Las ovejas balan y se mueven alegremente mientras quito el cerrojo y abro la puerta. No pierden el tiempo y salen de prisa hacia la pastura. Por suerte, hoy parecen estar dispuestas a cooperar y a mantenerse juntas mientras avanzan hacia el valle. *Imogen* es la única que va un poco lenta, pero se lo perdono, pues está a punto de dar a luz. Que nos dé otro cordero hace que valga la pena el tiempo extra que hay que esperar a que alcance a los demás.

Llevamos al rebaño a la cima al este del valle, que no se ve desde la casa, y luego me doy la vuelta y cojo a Fiona de las manos.

—¿Qué? —pregunta, con expresión confundida.

—Casi se me olvida. Tengo algo para ti. —Me meto una mano en el bolsillo y saco mi último proyecto: un pañuelo que teñí de rojo con una mezcla de remolacha y pétalos, bordado con flores oscuras que parecen ojos. Fue otro de mis sueños raros, aunque este es imposible que se vuelva realidad.

—Es precioso —susurra.

Otra cosa que no he dicho de Fiona: le encanta todo lo que coso, incluso las imágenes más extrañas y perturbadoras. A veces me da la sensación de que ve el mundo igual que yo. Otras, me parece que le gusta lo que hago justo porque no lo ve así.

Porque para ella el mundo es simple. Para ella, el sol solo es luz, no un látigo. Para ella, la noche es un manto de estrellas, no una carga de miedo y silencio. Lo que no puedo decirle, lo que ni yo misma soy capaz de entender, es que en ocasiones presiento que la oscuridad se me va a tragar entera.